

NUEVO AÑO, NUEVO SOMBRERO



La moda actual impone en los sombreros el estilo gorra de visera, realizadas en los más diversos materiales y colores. Este, presentado por Dior, es de piel blanca con franjas y visera de napá negra.

Es realmente incomprensible el desenfado abundante en que las mujeres —y los hombres— han relegado a un adorno tan elegante como práctico: el sombrero.

Hace todavía pocos años, ninguna señora se atrevía a salir a la calle «a pelo». El sombrero formaba parte de un concepto social, y prescindir de él era como confesar un descenso en la escala económica o representativa.

Hoy, por fortuna, no damos a un accesorio vestimentario valores tan convencionales; pero no cabe duda de que una mujer bien vestida, sin sombrero, no lo es tanto. El sombrero es el punto sobre la i, la pizca de mostaza en la ensalada, el detalle que completa y da gracia al conjunto. Y, además, una defensa contra el frío y el desalino que el viento invernal introduce en el peinado más cuidadoso.

Por todo esto, quizá sea oportuno reconsiderar de nuevo la adopción del sombrero. Escoger aquel que vaya mejor a la forma del rostro, al color y estilo del vestido, y colocarlo sobre nuestras cabezas en la confianza de que nos hará parecer más seductoras.



Últimas creaciones francesas de lencería femenina en una de las calles de Londres.

CASONA O EL MIEDO A LA REALIDAD

DICE la abuela de «Los árboles mueren de pies»: «A ver si sois capaces de soñar algo mejor que vosotros mismos.» En la butaca, uno se queda perplejo, como si acabase de recibir un golpe. Acaso la perplejidad ha surgido porque la frase nos ha sonado a cosa conocida, a la admonición que nos merecemos, desde hace muchos siglos, los que estamos allí, sentados frente a la escena. ¿Cuántas veces nos han dicho que «soñemos»? «Algo mejor que vosotros mismos.» ¿Cuántas veces nos han dicho que «nosotros mismos» no somos gran cosa?

Es tremendo pensar de pronto que la poesía soñadora, la vida del que duerme, se nos está proponiendo desde las tablas durante siglos y siglos. ¿Por qué no hablar del sueño del descanso, después de un día de actividad? ¿Por qué importaremos tan poco nosotros mismos?

Me he acordado de «La vida es sueño», de Calderón, y del comentario de Ganivet. Dice éste en el *Idearium Español*: «España, como Segismundo, fue arrancada violentamente de la caverna de su vida oscura de combates contra los africanos, lanzada al foco de la vida europea y convertida en duquesa y señora de gentes que ni siquiera conocía; y cuando después de muchos y extraordinarios sucesos, que parecen más fantásticos que reales, volvemos a la razón de nuestra antigua caverna, en la que nos hallamos al presente encadenados por nuestra miseria y nuestra pobreza, preguntamos si toda esa historia fue realidad o fue sueño...» Segismundo aún se preguntaba al volver a la caverna, aún notaba demasiado próxima la vivencia real: «Sólo a una mujer amaba — que fue verdad, creo yo, — pues que todo se acabó — y esto sólo no se acaba.» Luego, al volver a la Corte, su largo monólogo «Cielos, si es verdad que sueño» es la gran medicina para una colectividad que empieza a no saber qué hacer con la vida. Entre la realidad y la ficción, las fronteras son tan tenues que, viene a decirnos el dramaturgo, la segunda ha de bastarnos. Lo testifica Segismundo, «proagonista real» de una historia que ya no sabe distinguir de sus sueños. Con el tiempo, la realidad se irá desacreditando. Don Quijote proclamará — como dice Unamuno — que «no fue su vida sino sueño de locuras». El círculo está bien cerrado. Hasta la acción es sueño. Todo, en definitiva, lo es. Tenemos dispuesta la filosofía de la abulia. «A ver si sois capaces de soñar algo mejor que vosotros mismos», como ha vuelto a decirnos esta Anciana de la obra de Casona.

¿Cuántas veces no ha sido soñada y reñada España? ¿Qué país tiene tantos siglos de retórica para justificar su sueño?

A veces, desde puntos ideológicos bien diversos, se ha señalado nuestra vejez histórica como un motivo de optimismo. Se suponía que estábamos «de vuelta», que los otros países irían llegando a nuestra situación, que nuestra experiencia histórica nos había puesto por delante de los demás. ¿Qué pensar a estas alturas? ¿Y en teatro? ¿Cuál era la poesía de lo inmóvil? Valle se liberó del sueño modernista para dar los gritos geniales del esperpento. El reencuentro de la realidad no podía ser amable después de tantos años de divorcio. Antes, Goldóni, en su obra «Realidad», había planteado contradicciones que perturbaban el viejo orden del melodrama. El sueño de los buenos y los malos entraba en crisis. Arnieches se atrevía algunas veces a quitar la máscara colorista a sus personajes. Unamuno los desvelaba, sin hacer demasiado caso de las reglas de la ceremonia teatral española.

«A ver si sois capaces de soñar algo mejor que vosotros mismos.» ¿Por qué, Casona? ¿Y por qué no hacer algo mejor que nosotros mismos? ¿Por qué no aspirar a ser realismo en el planteamiento general de la vida española? ¿Y no será el teatro uno de los sitios claves desde los que demandarla?

Los Quintero presentaban una Andalucía plácida y sonriente, mientras la prensa testimoniaba los crímenes de la Banda de la Mano Negra, formada por anarquistas muertos de hambre. Jardiel, cuando la frontera española era una línea que nos separaba del mundo, inventaba para sus personajes un viaje fantástico sin salir de la propia alcoba. El mismo teatro de Miguel Mihura representaba, en su mejor medida, la temática soñadora: el «irrealismo» de nuestra escena contemporánea.

Yo sé muy bien que «Los árboles mueren de pies» ha habido que juzgarla tarde, años después de ser escrita. Y hasta pienso que para Casona, España debía ser desde Buenos Aires un estímulo para buscarse en sus sueños.

Pero, ¿por qué tanto soñar, fantasear, inventar, imaginar...? ¿Por qué esta poesía de la abulia? ¿Cuándo vendrá aquello de decir «sueño poco porque hago durante el día lo que puedo y me acuesto cansado»? Necesitamos una dramaturgia esclarecedora de nuestros actos, de su significación y de sus consecuencias. ¿Quiénes se atreverán aún a seguir soñando? ¿Y cómo es posible que los sueños no se rebelen y dejen de ser cómplices? Al menos, cuando Quevedo soñaba, ponía el dedo en la llaga.

J. M.